

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Estamos colocados entre un baile de Capellanes y un baile en el teatro Real.

El primero es de máscaras y el segundo de mascarones.

Llámanse en Capellanes *Novedad*, y en el teatro Real *Dorina*.

Esta especie de entretenimiento entre una ópera y *La Correspondencia* que llega á tiempo para distraer al respetable público de guante blanco, proporciona á la primera bailarina extranjera la ocasion de lucirse en un baile que aquí llamamos francés aunque sea ruso.

La señorita Ernestina Urban ha hecho su *debut* dando varios saltos de gracia y cabriolas de sentimiento.

Cada vez que la Providencia me lleva de la mano y me sienta en una butaca frente á frente de una bailarina extranjera, siento nacer en mí una estraña curiosidad por resolver el complicado problema de las piruetas.

Un salto dado hácia adelante con la punta del pié, cuando la protagonista forma con los brazos un arco de violon, llevando la sonrisa estereotipada en los labios de carmin, el albayalde campeando sobre el cutis, y algunas gasas flotando á guisa de banderola, quiere decir en el lenguaje universal de las bailarinas—*yo te adoro*.

Repetido el salto tres veces, quiere decir:—*Te amaré hasta la tumba fria*.

Echense Vds. á buscar por el mundo y no hallarán un medio más ingenioso ni más natural de expresion.

Todas las probabilidades de triunfo están de parte del baile, segun la tendencia de las sociedades modernas.

La frivolidad está á la orden del dia, y poco falta para que los hombres le levanten altares.

El refinamiento de nuestras costumbres nos lleva al vacío.

El drama nos fastidia.

La comedia del teatro antiguo es inmoral, y los tontos hablan de Calderon con las mejillas encendidas por el rubor de la vergüenza.

El patriotismo es populacheria.

¿Qué nos resta? El baile.

¡Jóven bailarina, yo te saludo; tuyo es el porvenir!

El magnífico usurero, despues de sacarle las entrañas al negocio, como dijo Ayala, se viste de limpio, se sienta en su butaca, y pide *jaleo*.

Pero *jaleo* inocente, diversion moral, algo de eso que nada dice á la cabeza ni al corazon.

Siga la broma.

Ahí teneis una mujer que os deslumbra con su lujo. Nadie conoce su estado. Es casada, viuda y no mártir. Provoca á todos con la desnudez de sus brazos y espaldas, pero una frase intencionada, un verso ingenioso la ruboriza...

Huimos de oír palabras; que algunas veces suelen expresar ideas, y levantamos los ojos para ver ese duo amoroso tan magistralmente sostenido por la primera bailarina cuando la requiebra con la punta del pié su adorado saltarin.

¡Ah! cuando la Ernestina Urban daba vueltas y más vueltas sobre su pié izquierdo, creia ya sentir las palpitations de su tendon de Aquiles diciendo: ¡Tu amor ó la muerte!

Entonces su amante, con más colores que un jardin, se acerca por detrás tendiendo los brazos, como quien dice: ¡Echate!

Y ella se dejaba caer poéticamente levantando una pierna y señalando á las bambalinas con la puntita del

pié en éxtasis amoroso, dando á entender que allá arriba, esto es, en el cielo, bailarán juntos al lado de los ángeles.

El público no puede resistir estos extremos de pasion, y despues de los aplausos arroja coronas para la frente, haciendo á los piés un insulto que nada justifica.

¡Y cuán opuesto al baile *Dorina* es el baile de máscaras de Capellanes!

En el teatro Real, delante de aquella concurrencia melindrosa, ¡todos los esplendores de las pantorrillas y los brazos, todos los secretos de tobillo arriba!...

En Capellanes, todo cubierto.

La bailarina de profesion dice: «Venid á verme» y corremos como locos con los ojos encandilados.

La máscara dice: «No me vereis» y esto es lo que nos atrae.

En el primer caso, nos seduce el afán por lo desconocido; en el segundo, la ocultacion de lo conocido.

Lo cual prueba que la mujer nos gusta de todos modos. Para llegar á esta verdad, no se necesitan piruetas ni máscaras.

Pero en el mundo todos son pretestos.

Luis Rivera.

2.000.000.

No es posible negar que vivimos en una época relativamente próspera para las letras y para las artes. Ya entre los profesores de unas y otras no menudean tanto los casos de muerte por inanicion; el asilo de San Bernardino no es presisamente un círculo literario, como hubiera podido serlo en tiempo de Cervantes, y poco á poco los poetas van abandonando el camino del hospital, y contrayendo la loable costumbre de morir en sus casas. Si hemos de dar crédito á la voz de la fama, muchos de ellos comen casi todos los dias; y algunos, aunque escasos en número, y no muy sobrados de mérito, consiguen enriquecerse, enriqueciendo de paso á sus editores, á sus administradores, á sus colaboradores,—á todo el mundo, en fin, menos á la literatura nacional.

En otras artes, aun abundan más los ejemplos de grandes ganancias: sirva de prueba la música en general y el canto en particular. De Italia,—de la tierra, donde las obras de Leopardi dieron tanta honra á la poesía y tan poco provecho á su autor; donde Cantú no ha llegado á reunir, de seguro, tantas liras como cuartillas ha emborrinado; donde Grossi ha necesitado pedir á su pluma de escribano el sustento que le negaba su pluma de escritor; donde Manzoni ha vivido en la medianía y Pellico ha muerto en la pobreza;—vemos salir cada dia centenares de notabilidades chillonas, que á poder de fermatas y gorgoritos, logran conquistar los laureles á espuestas y el oro á carretadas.

Este espectáculo consolador (consolador, digo, para quien acierte á nacer con la necesaria potencia laríngea), me había hecho incurrir en un error de que acabo de salir aun no ha media hora. Cuando á pesar de nuestra creciente italomanía hallaba durmiendo el sueño de los justos en librerías y bibliotecas á *I promessi sposi*, á *Carmagnola*, á *Francesca da Rimini*, á *Marco Visconti*, á *tutti quanti*, mientras los teatros líricos de Madrid y media España no daban cabida bastante á la multitud que en ellos se apiñaba para oír los trinos de la Patti, los flauteados de la Lagrange, ó el famosó *do de pecho* de Tamberlik,—«Está visto, decia yo para mi gaban: pasaron los tiempos de la poesía y vivimos en pleno reinado de la música. El talento se ha bajado del cerebro á

la campanilla, y el buen gusto se ha trasladado del entendimiento á las orejas: por eso sin duda ciertos *dilettanti* tienen tan desarrollado este órgano esencial. No hay remedio; Calderon cede el puesto á Rossini, Escrich entrega el cetro á Reparaz, y los cantantes arrojan del teatro á los actores derrotados.»

De este error acaba de sacarme *La Correspondencia* con la siguiente noticia que copio textualmente:

«En las siete semanas que hace está trabajando la célebre trágica Sra. Ristori en Nueva-York, ha ganado unos dos millones próximamente.»

¡Dos millones... en siete semanas... representando en italiano... en los Estados-Unidos! Aten Vds. por amor de Dios esos cuatro cabos, y con la cuerda que resulte ahorquen el sentido comun.

No vayan á imaginar, sin embargo, que lamento la buena fortuna de la ilustre artista italiana. Libreme Dios de tal ruindad. Justo y equitativo me parece que la eminente actriz alcance los beneficios que diariamente logran tantas máquinas perfeccionadas de cantar. Lo que me confunde es pensar que en Italia, donde no suele faltar quien entienda el italiano, no haya ganado en toda su vida lo que en siete semanas le ha proporcionado una sola ciudad anglo-americana, donde la lengua del Tasso no ha producido hasta hoy (que yo sepa) muchas obras superiores á la *Gerusalemme*, y que el hermano Jonathan, abandonando sus ocupaciones, tenga que llenar el bolsillo á los paisanos de Arlechino y Pulcinella.

Y aún sube de punto mi asombro cuando considero que Kean, tan ilustre por lo menos como la Ristori, llevándole la ventaja de representar en inglés, jamás ganó la misma suma en el mismo tiempo y en el mismo país.

¿Qué explicacion puede tener esta anomalía? Una sola: lo absurdo del hecho mismo. *Credo, quia absurdum*.

Al que asó la manteca no le ocurre buscar fortuna representando en inglés donde hasta los niños lo hablan. ¿Quién gasta el dinero para escuchar en el teatro lo que de balde puede oír á todas horas en la calle? El toque no está hoy en aplaudir cosas buenas, sino en ver cosas nuevas. Para ciertas gentes lo raro vale más que lo bello. En Roma, un oso dejaba sin público á Terencio; entre nosotros, Blondin ha tenido más apasionados que Romea. Un inglés dió la fortuna de una familia por el sombrero de Napoleon. ¿Por qué? Porque no había existido más que un Napoleon ni quedaba de él más que un sombrero.

Tal anda el mundo: la curiosidad y el amor á lo raro son hoy las dos formas más comunes de lo que aun se llama, por mal nombre, afición á las artes.

¡Oh curiosidad! Tú eres el único sentimiento de los hombres insensibles, el único movimiento desinteresado de los hombres positivos, la única forma del entusiasmo en los hombres que no lo tienen.

Del mal el ménos: cuando la curiosidad redundaba en beneficio de artistas como la Ristori, aun hay que dar gracias á Dios. Pero es triste pensar que sumando las ganancias alcanzadas en toda su vida por los tres ó cuatro autores cuyas obras constituyen el repertorio de la actriz italiana, de seguro no se reuniria la mitad de lo que ella ha ganado en dos meses.

De cualquier modo, gracias á este hecho, siempre resulta para mí una verdad descubierta, á saber: que no estamos en pleno y exclusivo reinado de la música, como pensaba y temia. Contra mi antigua opinion puede presentar hoy la Ristori dos millones de razones, cada una de ellas tan real como ocho cuartos y medio.

Está visto: lo que hoy domina no es el amor á la música, sino el amor á lo raro. Esa y no otra es la inefable

dea contenida en estos siete misteriosos guarismos: 2.000.000.

Así, en cifra, se ha de escribir tan estupendo descubrimiento: expresar con letras esta verdad antiliteraria sería una verdadera profanación del alfabeto.

Federico Balart.

EL OTRO JUEVES.

No hace al caso, lector, darte noticia del mes y ni siquiera de la estación á que pertenecía el jueves de que voy á hablarte, pues para el cuento es indiferente que cuando el sol brilló en la madrugada de tal día alumbrase los campos cubiertos de flores ó de escarcha.

El caso es que amaneció, no sé cuánto tiempo hace, aunque por mi cálculo debió ser en época remota, pues há mucho que no se ven por el mundo las cosas que en el tal jueves se vieron; es el caso, repito, que lució el día en cuestión, y en el mismo momento todos esos ruidos que en conjunto forman el himno más expresivo y musical, sonaron con mayor alegría que de ordinario, y eso que todos ellos son alegres como unas pascuas.

Las gallinas cacarearon con júbilo extremado, las campanas que anunciaban la primera misa repicaron gozosas y el firmamento se ostentó más azul que nunca.

Los labradores al entregarse á sus tareas cantaron llenos de alegría, y no creais que esto no era extraordinario, pues aunque los poetas os digan que el labrador canta al marchar al campo todas las mañanas, con el gozo que da una conciencia tranquila, podeis negar semejante costumbre inventada por los soñadores hijos de las musas. Los labradores, como todos los humanos, cantan cuando tienen gana de hacerlo, y no concibo tenerla á tales horas, que parecen creadas para que toda persona de buen gusto duerma tranquilamente.

Pero vamos al cuento. En resumen diré, que la mañana de aquel jueves fué la más animada y deliciosa de cuantas ha habido, hay y habrá.

Las suegras se levantaron, y lo primero que se les ocurrió fué hacer una caricia á sus nueras, y estas á su vez vieron en sus suegras á las mujeres más apreciables del universo.

Los cuñados que se separaron la noche anterior como gatos y perros, se saludaron con un besito, y hubo marido divorciado que tomó un carruaje, si entonces lo había, para llegar más pronto al lado de su esposa á zurrir con toda prisa el lazo conyugal, roto por causas que no nos importa saber.

Los deudores salían en busca de sus acreedores (*hoy ingleses*) y les abrazaban con toda la efusión de un cariño fraternal, y aquellos olvidaban las deudas y daban dinero encima, y se veían pasear juntos acreedores y deudores, que es como si dijéramos, que los lobos trataban amistosamente á las ovejas.

Hubo aquel día persona que quiso entrañablemente á otra de su mismo oficio; viéronse en fin, todos los im-

sibles juntos puestos en acción, y la humanidad estaba alegre como unas castañuelas. La mujer fea confesaba que otra era hermosa, y—¡asómbrense Vds.!—las solteronas dijeron por vez primera la edad que contaban.

¿Qué había sucedido para que tales cosas ocurrieran? Yo no lo sé; pero creo que la paciencia había bajado al mundo y los rencores se habían ido al otro.

Mas—¡oh desdicha!—Si rápidos son todos, más lo fué aquel día feliz, y el siguiente, que como Vds. comprenderán fué viernes, pareció de cuaresma según lo triste que fué, y volvieron suegras, nueras, cuñados, maridos y mujeres á sus antiguas mañas, que todavía conservan.

Desde entonces, recordamos todos aquel jueves digno de no olvidarse nunca, aquel día de los imposibles, y cuando una cosa es extraordinaria, decimos que es una cosa del *otro jueves*.

Han pasado, sin embargo, tales y tan inesperados sucesos por el mundo, que nada nos asombra ya, ni es para nosotros cosa del *otro jueves*, que desgraciadamente no volverá nunca.

Y aquí voy á poner punto final, rogándote, lector, que dispenses el chasco que te he proporcionado al hacer creer por el epígrafe que lleva, que ibas á leer un artículo del *otro jueves*.

M. Ramos Carrion.

MURMULLOS.

Los que han ido á Portugal cuentan que Salamanca posee en esta hermosa capital el antiguo palacio de la *Mitra*, que perteneció al clero y sirvió muchos años de hospedaje al patriarca de Lisboa.

Las descripciones de este edificio, de sus habitaciones y de sus jardines han fascinado á los lectores.

—¡Oh! ¡Cómo vivirá allí D. José! ha dicho un poeta,
—¡Cómo ha de vivir! ha exclamado un filósofo; como un patriarca.

—Adios, amiga mia; no se la vé á Vd. en los salones.
—Estoy muy ocupada.
—Sí, ¿eh?
—Ahora ensayamos una pieza... y voy de prisa.
—Afectos al baron.
—Recuerdos al marqués.

—¿Qué prueba esto?
—Nada; que en el gran mundo se hacen comedias.

A un diario político anuncia su corresponsal de Santander que han llegado á aquel puerto 1,200 fardos de cueros.

—¡Ya hay para hacer correas!

—¡Conténgase Vd. por Dios, caballero!
—Yo iba con la bandeja... murmuró el mozo. Don Gonzalo hizo un movimiento hácia él que le obligó á huir.

Al querer seguirlo se interpuso Elisa.

—Caballero, si lo sois,
escuchad á una mujer.

—Señora, porque Vd. le pide le dejo con vida. ¡Váyase en horabuena el tunante!

El mozo no esperó á que se lo digieran dos veces. Bajó las escaleras de dos en dos, contó al amo lo ocurrido, y el amo lo despidió por torpe. Ahí verá Vd. lo que es el mundo.

III.

Otro momento terrible para Joaquinito. Elisa y D. Gonzalo quedaron solos, mirándose frente á frente, ella sin mirriñaque y despeinada, él retorciéndose el bigote, y con el sable en el cinto.

—Caballero...

—No diga Vd. más, señora, sé que vá Vd. á disculparse, y yo no la hecho á Vd. la culpa. Los ángeles no son culpables. (¡Valiente piropo la endilgo!)

—No le comprendo á Vd...

—Antes de todo, voy á tirar este cigarro...

—Si á mí no me incomoda el humo...

—Entonces, con su permiso... Pues sí señora, su marido me dejó encerrado, se ha burlado de mí, y yo vengo decidido á cortarle una oreja.

—¡Dios mio, qué dice Vd.?

—Lo que Vd. oye, prenda. Ó le corto una oreja á su marido, ó le hago á Vd. el amor. Elija Vd. ¿De veras no la incomoda el humo?

—Pero, hombre de Dios, Vd. es un Adán.

—Y Vd. es mi Eva. Y yo me he de perder por Vd. En Búrgos tengo todo lo necesario... Mi escudero, un asistente, caballo, mujer, y cuatro amigos para jugar á la treinta y una. Pues mire Vd., maldito si me acuerdo de Búrgos para nada. Desde que la ví á Vd. al salir de Madrid dije para mi capote: Esta mujer ha nacido para mí-

Esto me recuerda que hace poco se presentó á un maestro de obra prima que estaba con su esposa, uno de los dependientes.

—¿Qué quieres? le preguntó el maestro.

—Ahí le busca á Vd. uno, respondió el muchacho.

—¿Quién es?

—Un comerciante en cueros.

—Díle que pase.

—Aguarda, aguarda un poco á que yo me retire, dijo la zapatera alejándose ruborizada.

Por fin ha fracasado la formación de zarzuela en el Circo, cuatro días antes de que *El Cascabel* lo diera por seguro.

¡Es mucha zarzuela... y mucho *Cascabel*!

En el Circo tendremos compañía de verso, y la empresa abriga grandes esperanzas de éxito.

Figúrense Vds. que la compañía de Novedades, á la que nadie iba á ver, se traslada al Circo, donde iremos todos, siquiera sea por ver dormir al Sr. Colmenares en la octava fila de butacas.

Al fin empiezan los extranjeros á hacernos justicia.

Tirso de Molina está siendo en Francia, donde se han publicado sus obras traducidas, objeto de la mayor atención, y casi todos los críticos, informados como de costumbre sobre las cosas de España, opinan que la mejor de sus comedias es *Lo que son mujeres*.

¡Cuestión de gustos!... A mí me agrada más, *Por el sótano y el torno*.

Se anuncia el *Museo artístico*, periódico de espec-táculos.

Sino para otra cosa, al menos servirá este *Museo* para que descansen en él las antigüedades artísticas que andan por esos... teatros.

¡En qué buenas fuentes bebe *La Correspondencia*! Vea Vd., vea Vd.; «Ayer ha llovido en Avila, Ciudad-Real, Cuenca, Córdoba, Jaen, Toledo, Valencia y Zamora.» Por lo visto aun conserva rincones en los que le dan noticias.

—Sí, noticias mojadas.

¿Quién había de creer que andando el tiempo podría trasportarse una casa de un lado á otro, como si fuera un mueble?

Pero este gran problema de cal y canto está ya resuelto: el *Diario de Avisos* lo anuncia.

—¿Qué es lo que anuncia?

—Que en una de las calles más céntricas de Madrid, se venden dos casas *juntas ó separadas*.

AVENTURAS DE DOS RECIEN CASADOS. (1)

(Conclusion.)

Pero Elisa seguía encerrada en su cuarto.

A pesar de su sentimiento, la inocente paloma había cedido al sueño y dormía profundamente.

D. Gonzalo buscaba un medio que le proporcionase el placer de verla y hablarla.

¡Caracoles, no todos los días se presentan ocasiones de este calibre!

Estaba en el corredor delante del cuarto de Elisa á tiempo que pasó un mozo con una gran bandeja llena de platos con comida.

D. Gonzalo fingió que el mozo le tropezaba, y todos los platos cayeron al suelo armando un estrépito infernal.

—¡Bárbaro!

—¡Dispense Vd., señorito!

—Mira cómo me has puesto el uniforme. Voy á sacar de tu pellejo tela para otro nuevo...

—¡Fué sin querer... señorito!

Gonzalo cogió al mozo por la solapa, y cuidando de no hacerle daño, le dió de cabezadas contra la puerta del cuarto de Elisa.

Asustado el mozo empezó á gritar:

—¡Que me matan... socorro!

—¡Calla, bergante!

—¡Socorro!

Elisa no pudo resistir más, y abrió la puerta.

El mozo cayó de la parte adentro, y D. Gonzalo encima de él.

Por poco cae también Elisa, que como se había quitado el mirriñaque para dormir, se le metían las faldas entre los pies, y apenas podía dar un paso.

—Señora, siento mucho que Vd. se haya molestado, pero mire Vd. cómo ese criado me ha puesto el uniforme... Le voy á partir.

(1) Véanse los números desde el 10 en adelante.

quis. Y vea Vd. que no hay quien me quite esta idea de la cabeza.

—Caballero, no puedo seguir escuchándole á Vd.; estoy casada, mi marido va á llegar de un momento á otro, y no quiero que sospeche de mí sin razón.

—Su marido no volverá.

—¿Qué dice Vd.?

—Que si Vd. rechaza mi amor, le espero ahí fuera, y cuando vuelva se batirá conmigo hasta que uno de los dos...

—¡Este hombre es el demonio!... ¡Jesús, que tarambana!

—Si todo es porque la quiero... ¡Vamos, Elisita, no se enfade Vd. conmigo!... ¡Caramba, hoy está Vd. mas guapa que ayer!... Cuidado que me está Vd. gustando más de lo regular... ¡Si viera Vd. lo que tengo en este pecho!... ¡La Biblia, señora!

—¡Se calla Vd. ó me enfado?

—No se enfade Vd., ya me callo. Pero sientese usted, que me da pena verla de pié.

—No pase Vd. pena por mí.

—¡Pues por quién he de pasar yo cuidados en este mundo? ¡Vamos, que está Vd. así... de negligée... que no se puede pedir más!

—¡Ya, ya, como estoy tan bonita!...

—¡Digo!... ¡Huy, Virgen del Pilar! ¡Elisa, lo dicho, yo voy á hacer un disparate... yo me mato aquí, delante de usted, si no dice Vd. que cree en mi amor!

—¡No sea Vd. así!...

—¡Cree Vd.?

—¡Jesús!

—¡Si ó no?

—¡Hombre, eso, eso poco me cuesta!

—Ahora me echo á los pies de Vd. diciendo: ¡Señora, la quiero á Vd. mas que...

Al llegar aquí, D. Gonzalo se había puesto de rodillas é intentaba coger una mano á Elisa.

Se abrió la puerta del cuarto y aparecieron doña Ramona y el Sr. de Gatuperio.

Detrás de doña Ramona y del Sr. de Gatuperio entró Joaquinito, que se había detenido á comprar unos pasteles en el camino.

Traía los pasteles en un cucurucho de papel, y venía muy ufano á ofrecérselos á su amada Elisa, creyendo el infeliz encontrarla sola.

LO QUE SE DA GRATIS EN MADRID.



En la calle.



En el café.



En el teatro.



Al volver una esquina.

—Pues señor, decía al subir las escaleras de la fonda, gracias á Dios que se acabaron las trapisondas. El cura se ha portado como un señor cura; ha respondido por mí, y ya estoy libre... despues de un dia de prision. Más vale tarde que nunca. Ahora, á vivir... á gozar...

¡A beber,
á beber,
á apurar
la copa
del amor!

Y, cantando, subia las escaleras de dos en dos con el cucurucho de los pasteles en la mano.

Llegó á la puerta del cuarto, la vió abierta y entró enseñando el cucurucho y haciendo una pirueta, con el sombrero echado hácia atrás.

—Elisa, pichoncita...

A beber,
á apurar...

Y no pudo concluir el canto.

La suegra, D. Gonzalo, Elisa y el Sr. de Gatuperio volvieron la cabeza para contemplar á Joaquin, que se habia quedado como D. Bartolo en *El barbero de Sevilla*.

Doña Ramona se adelantó.

—Diga Vd., alma de cántaro, ¿para eso le he dado á mi hija? ¿para exponer su inocencia en una fonda al alcance de la caballería?

—Señora, murmuró D. Gonzalo.

—Silencio, dijo la vieja; vamos á ver, señor yerno, ¿qué cuenta me da Vd. de mi hija? ¿Qué iba Vd. á hacer con ella?

Joaquin miró á los concurrentes, se echó el sombrero hácia adelante, tiró los pasteles en medio de todos, y exclamó:

—Ea, ya se acabaron las contemplaciones y los pasteles. Voy á hacer una barbaridad.

Y de un salto cogió el revolver y volvió al centro del cuarto.

—Aquí hay seis tiros. El primero para mi suegra; el segundo para su acompañante; el tercero para el ofi-

cial; el cuarto para mi mujer; el quinto para mí...

—¿Y el sexto? preguntó D. Gonzalo.

—Para el mozo de la fonda.

—¿Yerno, no seas animal!

—No te asustes, mamá, si no está cargado, dijo Elisa.

—Es verdad, añadió Joaquin, no me acordaba que estaba descargado. ¿Para qué he comprado este arma?

Y arrojó el revolver por la ventana al patio de la fonda.

—Ya que esto no puede acabar en tragedia, aquí me tienen Vds. desarmado. Vamos á ver. ¿Qué quieren ustedes de mí? ¿Hay más obstáculos, Dios Poderoso? ¿Con qué es decir, que yo me he casado, y todo el mundo tiene el infinito placer de separarme de mi esposa?... Me alegro, si señor, me alegro... Póngame Vds. la albarda.

—No se trata de eso.

—¿Pues de qué se trata, encantadora suegra?

—¿Por qué huyó Vd. con mi hija?

—Porque ella lo exigió... Yo no queria viajar... Yo queria otra cosa... Soy víctima de su capricho, víctima de mi condescendencia, víctima del ferro-carril, y víctima de este oficial. En fin, yo soy la víctima universal... ¡Ea, venga la albarda!

—No nos acaloremos. Yo pondré remedio á todo. Usted, señor oficial, ¿qué pito toca Vd. aquí?

—Ninguno, señora.

—Entonces...

—Comprendo lo que se debe á una madre y á un marido celoso... Me retiro... pero antes... ¡Ah! ¿Le incomoda á Vd. el humo?

—Sí señor, dijo doña Ramona; no puedo resistir á los hombres que fuman...

—¡Basta! No hablemos mas. Si le incomoda á Vd. el humo, me voy... No quiero ser molesto. ¡Señores!

—Espérese Vd., dijo Joaquin; yo me voy tambien con usted, tenemos que arreglar una cuenta...

Doña Ramona y su hija se lanzaron sobre Joaquin, y le detuvieron.

—¿Pero ha de quedar esto así? Dijo Joaquin furioso.

Elisa se echó á llorar como una Magdalena.

—¡Bueno! ¡Otra que tal! añadió Joaquin.

—¿Dudas de mí, ingrato? Le preguntó Elisa haciendo pucheros.

—Malas entrañas, dijo doña Ramona; consuele usted á su mujer, y déjese de hacer el D. Quijote.

No hubo remedio.

Joaquin se quedó al lado de su mujer, mientras que D. Gonzalo se fué muy tranquilo fumándose un coracero.

IV.

Despues de cenar se entabló el siguiente cortísimo pero significativo diálogo.

Doña Ramona.—Ea, á descansar, mañana temprano á Madrid, á casita, y nada de viajes, que suelen traer muchos perjuicios.

Joaquin.—Corriente... ¡A la cama!

(Elisa se puso encarnada.)

Doña Ramona.—Tú, Elisa, conmigo en esta alcoba, y Joaquin en otro cuarto con el señor de Gatuperio.

Joaquin.—Pero, mamá...

Doña Ramona.—Dios nos amanezca con bien.

Desenlace.

Llegaron á Madrid y á la calle del Oso.

Doña Ramona cogió de las manos á los dos recién casados y les dijo:

—Hijos míos, esa es vuestra habitacion.

Entonces miró Joaquin á su mujer, y despues de una sonrisa maliciosa, le dijo:

—Elisa mia, para llegar á este sitio hemos dado un rodeo muy grande.

El autor (al público).—¿Qué les parece á Vds. la novela?

El público.—¡Bravo, bravo!

Autor.—¿Por qué aplauden Vds.?

Público.—¡Hombre, porque se ha acabado!

Luis Rivera.

A propósito de anuncios: acabo de leer este en *El Diario Español*.

«Gabinete de electricidad del doctor X, etc.: de doce á cuatro. Sorderas, reumas, parálisis y demás enfermedades nerviosas.»

Si esto ofrece el doctor, ¿quién es el guapo que se atreve á ir á verle?

Se ha publicado un Cuadro sinóptico de los instrumentos públicos más frecuentemente sujetos á registro.

—¡Ah! sí, la flauta, el clarinete, el cornetín...
—No, hombre, no; si se trata de instrumentos curiales.

—Si yo fuese hombre influyente, decía un marido delante de su mujer que tiene la maña de fisonomiar sus papeles y sus bolsillos, suprimiría de una plumada á los registradores de la propiedad.

—¿Por qué?
—Porque registrar es siempre un vicio muy feo.

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

Parece que la policía de Nápoles no puede dar con *El Aeronauta*, periódico que se reparte todas las noches desde un globo aerostático que se eleva sobre la ciudad.

Pues, hombre, ¿hay más que poner los cañones hacia arriba?

Nosotros tenemos en Madrid *El Globo ilustrado*, y á nadie inspira recelo.

Es verdad que tampoco se eleva sobre la capital, sino que queda muy bajo.

A propósito. En el prospecto de *El Globo ilustrado* para 1867, se dice:

«Si una publicación de esta índole no merece fijar la atención del público, no sabemos qué se pueda hacer para conseguirlo.»

No lo sabe, yo sí, pero no quiero decirlo. Por otra parte, *El Globo* se queja de vicio; ¿cómo demonio quiere fijar la atención de los españoles con grabados franceses, ya publicados?

No será ciertamente el agradecimiento de nuestros artistas motivo de alabanza para la empresa de *El Globo*.

Se ha repartido el prospecto de un periódico titulado *El Nivelador del Valle*.

Los redactores de este periódico deben estar por la igualdad.

A la altura á que ha llegado la civilización no hay más remedio que nivelar.

Un hambriento.—¿Que se llama *El Nivelador de Madrid*!

Dicen que ha habido en Londres una demostración de obreros sin que se haya alterado la tranquilidad pública.

¡Vaya una gracia! En los Bufos hay todas las noches demostración de estrellas, y continúa el orden... en el despacho de billetes.

En el último año ha aumentado cinco millones el número de habitantes en Rusia.
¿Cómo aprovechan el tiempo los hijos del oso blanco!

Doce tomos van á tener las *Memorias* de Lamartine. Se necesita tener memoria para conservar tantas *Memorias*.

Ha muerto el duque de Veraguas.

La Reforma ha propuesto á *El Español* una discusión sobre libertad de Bancos.

¡Ah! ¿con que discuten y todo?
Se preparan trenes de recreo para Portugal á mitad de precio.

GIL BLAS iría de buena gana, pero le cargan los costos de reis.

Un autor, y el nombre callo, ha escrito una obrilla amena, en que salen á la escena un pavo, un capon y un gallo. Ver tanto animal, quizás no hará el efecto mejor, porque si sale el autor dirá el público:—¡uno más!

Manías.

No comprendo cómo hay hombres, por despreocupados que sean, á quienes no gusten las mujeres de botas.

Un amigo mio, muy pobre por más señas, dice que no hay memoria de que nadié se haya ahogado en el Rio... de la plata. En Castilla está reproducido el mismo fenómeno, pues ni por casualidad se encuentra un ahogado en Rioseco.

El único medio de que los hombres no han podido echar mano para salir de sus apuros ha sido el mediodía.

La primera vez que yo ví la luna creí que era queso de bola.

Una señora, muy aficionada á la música, sostiene que el buen tono ha huido de la Sociedad, y apenas si lo poseen algunos tocadores de violín.

La escena tiene lugar á la puerta de un cuarto 4.º de una casa situada en un punto céntrico de esta corte.

Suena un fuerte campanillazo, y la Maritornes, abriendo la puerta,

—¿Qué se le ofrece á Vd.? pregunta á un hombre que se presenta á su vista con un lío de papeles debajo del brazo.

—La entrega de *Las Aves*, contesta.

—¿Entregar á Vd. las aves! ¡Las pollas, tal vez, que traje esta mañana de la plazuela! ¿Y quién es Vd., y de parte de quién viene? Porque mi ama ha salido, y no me ha dejado recado ninguno. Yo no puedo entregar nada sin su permiso á un hombre á quien no conozco.

—Muchacha, no seas zopenca; habló de las *Aves nocturnas*, que eché ayer por debajo de la puerta.

—¿Para qué?
—Para si querian suscribirse.

—¿Qué quiere decir *noturna*?
—Que es por la noche.

—¡Ah! Ya comprendo... Que las traje Vd. de noche.
—No, que fué por la tarde.

—Pues, buen hombre, yo no entiendo de papeles. Y sobre todo, aquí no ha dejado Vd. nada.... Sí, sí, para papeles estamos.... Otras cosas hacen falta, que lo que son papeles....

—Pues es menester que lo busques, porque yo tengo que responder, y no me iré hasta que parezca....

—Déjeme Vd. á mí en paz, que estoy fregando y tengo mucho que hacer.... ¡Vaya, abul!

Y dando media vuelta, la doméstica dió con la puerta en los hocicos al repartidor.

Este, incomodado por un proceder tan indoméstico, vuelve á llamar con más fuerza, sale ella furiosa, y ¡aquí fué Troya! ¡Escándalo mayúsculo! Las voces y palabras obscenas fueron tales, que alborotaron la vecindad y tuvo que acudir una pareja á poner paz.

Por fin parece que se ha formado una compañía dramática en el Circo.

En ella figuran Mariano Fernandez, la Valverde, la Hijosa y Ricardo Morales. Esperamos que el mérito de estos artistas logrará animar aquella tumba, especie de pirámide de Egipto habitada por la sombra de Colmenares.

Estilo de *La Correspondencia*:

El último premio de la lotería que ha tocado en Madrid se ha repartido entre personas de la clase más alta. El campanero de la torre de Santa Cruz, dos albañiles retejadores, un astrónomo, varios estudiantes de teología y un aeronauta.

Es de esperar que el sorteo venidero toque el turno á la ronda del alcantarillado.

FÁBULA.

La oveja y el lobo.

Enamoróse un lobo de una oveja y pasaba las noches á su reja; cuando el alba venía de allí se despedía, para volver á poco, con su beldad enamorado y loco, tanto, que hubo carnero, que le llamó en sus barbas majadero. Siempre en su amor pensando el gran bellaco

de gordo que era convirtiéndose en flaco, y libre los pastores le dejaban, y ni los mismos perros le ladraban. De tal cariño ante la prueba cierta la oveja conmovida dijo una noche:—pídemela vida! y contestó el galán:—abre la puerta! Negóse la infeliz; insistió en ello el lobo, y triunfó al cabo; entró, cogió á la oveja por el cuello y se la merendó de cabo á rabo.

Niñas, por Dios os pido que no deis esta fábula al olvido; el amante más bobo cuando halla la ocasión, se vuelve lobo. M. del Palacio.

PASATIEMPO.

Solucion al Geroglífico del número anterior:—*Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga, no se enoje.*

LOGOGRIFO.

En siete letras que tengo si las estudias á fondo, hallarás, lector amigo, dos cantantes muy famosos; lo que llevan las mujeres, y lo que llevan los potros, un emperador romano, uno que mataba toros; algo que hay en *Rigoletto*, lo que suele brillar poco; un catalán diputado, un padre que no fué esposo, un juego muy conocido, lo que debe ser el mozo, un sábio de los de Grecia, un río de arenas de oro, lo que en Inglaterra pide el gobierno que no es tonto, lo que en ciertas ocasiones solemos tener nosotros, lo que sienten los artistas y lo que son muchos moros. Una flor de grato aroma, otra que roja fué oprobio, un naipe de la baraja, lo que al billar hacen todos, lo que se usa en los lagares para trabajar el mosto, el nombre de una batalla, lo que llevar suele al hombro el gallego de la esquina; un nombre de vieja propio, y dos notas musicales las mas altas que conozco. Si el todo saber deseas en tí mismo está mi todo, pues lo tienes en tu mano y á menudo te da en-ojos.

ANUNCIOS

PILDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.

En poco tiempo nuestras pildoras son apreciadas en España y Ultramar, como lo acreditan los testimonios que diariamente recibimos. Con su uso desaparecen las jaquecas, los dolores de cabeza, las afecciones de corazón, la clorosis, las malas digestiones, la bilis, obstrucciones, las lombrices, las flemas, los humores, etc. Dan apetito y vigor, Hortaleza, 9.

DICCIONARIO DOMÉSTICO

Ó REPERTORIO UNIVERSAL DE CONOCIMIENTOS ÚTILES,

POR D. BALBINO CORTES Y MORALES.

Se publica por cuadernos de 16 páginas, de dos columnas, formando un tomo en folio de más de 1000 páginas, de buen papel y esmerada impresion, repartiéndose dos cuadernos al mes cuando ménos.

PRECIO DE SUSCRICION.

Por cuaderno, en Madrid. 2 rs.
Id. en Provincias. 2 1/2
Id. en Ultramar y extranjero. 3

Todo franco de porte.

Las suscripciones se harán en las librerías de los Señores Viuda é hijos de D. José Cuesta, calle de Carretas, núm. 9; de Durán, Carrera de San Gerónimo; Leocadio Lopez, Carmen 19, ó en la Administración del DICCIONARIO, calle de Leganitos, núm. 48, principal, Madrid, acompañado al pedido de suscripción para provincias el importe de 10 cuadernos en libranzas ó sellos de correos, siendo preferibles las libranzas para evitar extravíos en los sellos.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.